

GENEALOGÍA DE JESÚS

A menudo se piensa que el Antiguo Testamento no es interesante. No tiene nada que decirnos, salvo contarnos relatos e historias que nos parecen antiguas, añejas, que sólo interesan a teólogos, historiadores, en definitiva, a exégetas. Si a esto añadimos la convicción que se tiene entre la mayoría de los cristianos de que nadie nos puede hablar mejor de Dios que Jesucristo, tenemos claramente expuestas las causas del desinterés que producen estos libros. Así, es extraño conocer a alguien que halla abierto sus páginas y se halla introducido en el mundo que describen.

Sin embargo, creemos que los libros que preceden a los Evangelios son de inspiración divina y en ellos Dios Padre se manifiesta a los hombres. Por ello, desechar estos documentos es erróneo, no porque la Iglesia insista en ello, aunque sean pocos los que la escuchan, sino porque en estos libros se encuentra el origen, el germen de la Salvación. La historia de la relación de Dios con los hombres. Dios se manifiesta desde el principio... Acerca de esto último, quiero hacer un inciso. Como botón de muestra podemos afirmar que en las primeras páginas del Génesis, Dios muestra una actitud afectiva hacia la primera pareja, ya pecadora. Dios los viste antes de marchar del Edén. Él no les expulsa del paraíso rechazándoles. Ya que su alejamiento del Edén estuvo motivado más por la existencia en él del árbol de la vida. Que en un principio, no estaba prohibido. Pero cuando se produce el pecado, sí, pues el alejamiento de Dios no deberá ser perpetuo. Sólo hay que detenerse un instante para reconocer en Dios esa actitud de misericordia hacia sus criaturas.

Hay quien arguye que en estos libros la Divinidad no se muestra de forma clara. Que Dios aparece borroso, poco nítido y que esta nube no se disipa hasta la venida del Salvador. Además, tampoco ayuda el hecho de exponer situaciones de difícil comprensión para nosotros, hombres del siglo XXI. Pues se describen pensamientos y costumbres de hombres que vivieron acontecimientos de los que nos separan milenios narrados por otros hombres lejanos, cuya forma de vida, lo que hoy se denomina cultura, que pervive en nuestro siglo, también nos parece extraña y lejana. Sin embargo tenemos que decir, que pese a la distancia temporal y cultural, un estudio no demasiado profundo, nos muestra claramente las muestras de misericordia y amor de Dios a sus criaturas que más tarde Jesucristo subrayará.

La Biblia nos narra ... Podríamos empezar así. Nos describe las situaciones, las dificultades, las actitudes de los antepasados del Redentor ante la vida que les tocó vivir y con ello trata de enseñarnos algo... Según se desprende del texto parece que Dios prepara la historia meticulosamente ... Si, Dios prepara. Sabedor de la distancia que existe entre su pensamiento y el de los hombres, se apresta a la tarea de enseñar como un buen maestro a sus alumnos, con paciencia y humildad. Sabe que para ello, el ser humano necesita madurar. Esto lleva su tiempo. Por ello, cuando se nos habla de “la plenitud de los tiempos” probablemente se refiera al tiempo en que el hombre ya maduro, puede comprender le mensaje que Dios le quiere transmitir y es entonces cuando se produce la encarnación del Hijo de Dios.

Nosotros nos detendremos brevemente en algunos personajes que Dios eligió como antepasados del Redentor. No de todos, pues la lista es larga. De los más significativos tan sólo. Pensamos que son buena muestra de lo expuesto anteriormente. La elección de cada uno de ellos, a nuestro parecer, corresponde a un designio divino.

Poco podemos añadir a todo lo que se ha dicho ya del Patriarca Abraham, salvo recordar que era anciano ya cuando Dios le llama por primera vez y por eso nos sorprende aún más su respuesta afirmativa que muestra su firme fe. Parece que a partir de ahí, sólo vive para Dios. Su peregrinación hacia la Tierra Prometida es imagen del camino del alma hacia Dios. Antes de proseguir quiero contar un hecho significativo de esta historia. Cuando se le promete a Abraham descendencia, Dios se somete a un ritual de alianza usual entre los pueblos orientales que consistía en el descuartizamiento de unos animales. El que se comprometía pasaba por medio de las víctimas. Si incumplía su promesa se sometía al mismo fin que los animales sacrificados. Era por tanto, un compromiso solemne. En el caso que relatamos sólo pasó Dios. Sólo Él se compromete.

De Jacob, nieto de Abrahám, queremos destacar un suceso que a menudo, suele pasar desapercibido. El relato de la venganza de Simeón y Leví, hijos de Jacob, por el ultraje hecho a su hermana Diná. Siquén el violador, pide a Jacob le conceda por esposa a Diná, Jacob espera la vuelta de sus hijos antes de responderle. Todos, al volver junto al padre, lamentan lo ocurrido pero estos dos hermanos, por medio de un ardid consiguen matar no sólo al violador, sino a todos los varones que lo secundan. Lógicamente el ultrajado, según sus costumbres, era el padre de la violada, Jacob. Pero él no reacciona, parece dispuesto a una reconciliación como solicita Siquén. Sin embargo según se desprende del relato, en un principio, tras la matanza perpetrada por Simeón y Leví, él sólo reprende a los hijos por

temor a las represalias. Pero todo esto cambia cuando, cercano el fin de sus días, llama a todos sus hijos para bendecirlos. El primogénito no recibe bendición alguna, por ultrajar el lecho del padre. Simeón y Leví, segundo y tercer hijo, son malditos por obrar con maldad. Así, es el cuarto el que recibe la bendición de primogenitura, llamado Judá, Jacob añade, sobre él no se apartará el cetro. Sorprende, a nuestro entender, la reacción de Jacob al maldecir a sus hijos, primero por que en aquellos tiempos el ultraje que Siquén comete era motivo suficiente de luchas, guerras y muertes. De venganza, en definitiva. Segundo porque Jacob parece dispuesto a perdonar a Siquén cuando éste le pide a su hija por esposa. Y tercero, porque reprueba la actitud violenta y vengativa de sus hijos cuando Siquén había solicitado ya el perdón. Todo un ejemplo de verdadero hombre, hecho a “imagen y semejanza de Dios”

Conviene destacar que en la genealogía aparecen cuatro mujeres, sin contar a María, tres de las cuales no son israelitas, sino extranjeras. En la Biblia no se habla de mujeres, salvo que éstas tengan una participación destacable en los acontecimientos. Por ello, también en la ascendencia de Jesús, sólo se nombran a las que tuvieron una presencia significativa. Así encontramos a Tamar, nuera de Judá, que concibió de éste último, dos gemelos. Ella, molesta por que su suegro no le había dado al tercer hijo por marido, según la “ley del Levirato”¹ se disfraza de ramera y sedujo a Judá. Su suegro manifestó que había procedido con justicia, pues reconoció su falta, y jamás volvió a estar con ella. Rahab, una prostituta de Jericó, perteneciente a ese tipo de mujeres que asombran, por su caridad y su fe a pesar de su condición excluyente en la sociedad. Ella confiesa su fe en el Señor y oculta a los exploradores de la persecución enemiga de sus conciudadanos. Salvará su vida y la de su familia una vez conquistada la ciudad. Será madre de Booz. Rut, la moabita, otra extranjera pagana. Permitídnos detenernos un momento en esta deliciosa historia. Comienza con la vuelta de Noemí a Belén porque, como nos cuenta el texto con exquisita delicadeza, “*vuelve porque oyó que Dios había visitado a su pueblo y le daba pan.*” Rut, su nuera, la sigue, dejando atrás país y familia. Mostrando, en definitiva, una fidelidad admirable a su suegra. Su vuelta es amarga, no sólo por la pérdida de sus maridos, sino por las condiciones de extrema pobreza que envuelven a las dos mujeres. Rut se ve obligada a recoger las gavillas que caían de las manos de los segadores para poder subsistir. Booz, pariente lejano del marido de Noemí, admirado por la actitud de aquella extranjera, se muestra generoso con ella. La hará su esposa, y de éste modo, alegrará los últimos días de la anciana Noemí, pues, con este matrimonio, se rescatará la casa a la que pertenecía Noemí. Al final, las mujeres de Belén felicitaron a Noemí, pues había hallado una hija, “*que te vale más que siete hijos*”. Se nos muestra una historia donde todos los personajes están llenos de un delicado respeto. El libro que nos cuenta su vida, probablemente uno de los más breves de los bíblicos, nos introduce en un mundo donde las personas tratan de ayudarse y redimirse por el amor. Rut, será bisabuela de David.

David, biznieto de Booz y Rut, de él nos gustaría destacar, primero, su elección. El más pequeño de ocho hermanos. Nos recuerda la predilección de Dios por los humildes, pequeños y sencillos. En su lucha con el gigante filisteo nos muestra otra lección, la fuerza no vale nada ante Dios. Podríamos también destacar sus aficiones, cantar, componer poemas de belleza estremecedora. Pero sobre todo queremos incidir en un acontecimiento terrible para él, pero extraordinariamente revelador de su humanidad. David, de los muchos hijos que tuvo, a quien más quería de todos ellos era a Absalón. El rey deseaba que le sucediera en el trono, pese a no ser el primogénito. Pero Absalón cometió asesinato. Mató a su propio hermano. Su padre, que no deseaba desheredarlo, lo alejó de la capital con el fin de “echar tierra de por medio”. Pero transcurridos unos años, Absalón creyó que su padre se había olvidado de él. Intrigó con los enemigos de su padre y marchó con un ejército de filisteos contra Jerusalén. David y toda su familia, tuvieron que huir con lo puesto a las montañas. Cuando el Rey David consiguió formar un ejército con el que hacer frente a sus enemigos, ordenó a sus generales que si ganaban la batalla, no mataran a su hijo. Esta orden no fue obedecida, y Absalón murió en la refriega. Cuando David se enteró de la muerte de su hijo, lloró amargamente por él. Tal fue su pena que el ejército, una vez de vuelta, no fue recibido como correspondía a un vencedor, sino que su llegada se produjo a escondidas “como un ladrón en la noche”. Hay quien ha visto en la actitud de David una clara similitud con el amor paternal de Dios. Pues pese a que su hijo le perseguía para matarlo, él seguía amándole tanto que hubiera dado la vida por él. Por eso nos parece que David fue rey, no sólo para su pueblo, sino para Dios, pues imitó el amor de Dios.

De Salomón, hijo de David y Betsabé, se puede destacar, que a pesar de ser un rey poderoso, por sus riquezas y de heredar un reino unido y fuerte, fue un rey cercano a su pueblo. Lo prueba el juicio de las dos mujeres. Éstas, en realidad, eran dos prostitutas que consiguieron llegar hasta el rey.

¹ Levirato: Dt. 25, 5-10: La ley del Levirato (de “levir” = cuñado) manda que el cuñado se case con la viuda de su hermano difunto, que ha quedado sin hijos, para darle descendencia y así no desaparezca su nombre en Israel. Los fariseos plantearon a Jesús un curioso caso de aplicación de esta Lev. Mat. 22, 24)

Esto fue debido a la existencia de una puerta abierta en palacio para quienes optaran por recurrir en sus peticiones al mismo monarca fueran de la condición que fuese. Es pues, por este hecho, figura de Dios.

Los monarcas siguientes, salvando algunas excepciones, como Josafat u Ocías, fueron hombres infieles a Dios. Los hubo verdaderamente malvados como Manasés. Según nos cuenta el texto sagrado en sus vidas estuvo presente el orgullo y la soberbia de saberse hombres destacados. En todos ellos cabe subrayar la lucha que mantuvieron por obedecer los mandatos de Dios y su inclinación al poder y a sus vicios.

Tras el destierro en Babilonia, destacaremos las figuras de Salatiel y Zorobabel, príncipes de Judá, encargados por Ciro II de Persia, de iniciar la reconstrucción del segundo templo de Jerusalén. Tras ellos, encontramos al grupo denominado “los pobres de Yavhé”, gentes humildes y sencillas temerosas de Dios, de entre los cuales destacamos, obviamente, a Joaquín y Ana y María y José.

Como hemos podido ver, nos hemos encontrado con pastores, agricultores, reyes, esclavos, mujeres santas, prostitutas, hombres justos y malvados, israelitas y extranjeros ... Dios eligió a todos ellos con un fin, indudablemente. Creemos que el motivo de incluir personajes tan dispares entre la ascendencia de Jesús fue esencial para mostrar que la Salvación es un don gratuito de Dios y por tanto, no es algo que nos ganamos por nuestra actitud con los demás. Además, también creemos que se trata de una forma de decir que Él no excluye a nadie. Ni a los pecadores, ni a los malvados. Es otra manera de indicar Aunque revelado con hechos y no con palabras. Sí efectivamente, en el Antiguo Testamento nos encontramos otro modo de decir las cosas. Quizás menos directo, aunque reconocemos que descubrir al Dios de Jesús, en las vidas del pueblo elegido, es una experiencia fascinante.

(Mat. 1:1-17)

Abrahán, Isaac, Jacob, Judá = *Tamar**, Farés, Esrón, Aram, Aminadab, Naasón, Salmón = *Rahab**, Booz = *Rut**, Obed, Jesé, *David* = *Betsabét**, *Salomón*, *Roboam*, *Abías*, *Asaf*, *Josafat*, *Joram*, *Ozías*, *Joatán*, *Acaz*, *Exequias*, *Manasés*, *Amón*, *Josías*, *Jeconías*, Salatiel, Zorobabel, Abiud, Eliaquín, Azor, Sadoc, Aquím, Eliud, Eleazar, Matán, Jacob, José = *María**, **Jesús**

Esta genealogía pertenece al Evangelio de San Mateo. Se divide en tres partes: 1ª de Abrahán a David (catorce nombres); 2ª de David a Josías (catorce nombres); 3ª Jeconías a Jesús (catorce nombres)

* Mujeres

* Reyes